

**CAMPAMENTO
ARRIERO
PEREGRINO:
ASÍS - ROMA**

Son incontables las ocasiones en las que he afirmado por activa y por pasiva que una peregrinación hay que afrontarla solo.

A veces, aún me pregunto porqué me apunté a la peregrinación organizada por la Asociación de Amigos del Camino de Santiago-Vía de la Plata (ACASAN), de Fuenterroble de Salvatierra, en Salamanca (España), dirigida por la incansable batuta del "cura Blas".

Se trataba de recorrer los más de 200 kilómetros que separan el santuario de Asís, cuna de San Francisco, y la plaza de San Pedro del Vaticano en Roma, recorriendo la Vía Francígena di San Francesco. Y en esta ocasión, mi "querida soledad" la iba a compartir nada más y nada menos que con más de 200 peregrinos venidos de todas partes de España, mayoritariamente salmantinos y andaluces.

La verdad es que tenía todos los miedos que se pueden tener para hacer una peregrinación tan alejada de mis "principios", pero cuando llegué el primer día a Asís y conocí en persona a Ana, mi interlocutora telefónica en los días previos, ya se me empezaron a desvanecer las dudas por haberme metido en tamaña aventura.

En primer lugar mi cariño, admiración y respeto a toda la gente que he podido conocer dentro del Campamento Arriero. Personas que una y otra vez me han demostrado su compañerismo, su generosidad, su cariño y su respeto y que me han hecho comprender en primera mano, el verdadero significado de la frase "que entre todos hay que tirar del carro" y con los que he aprendido una lección de solidaridad diaria.

Un Campamento que ha estado compuesto por arrieros, peregrinos o las dos cosas a la vez; pero sobre todo por buenas gentes que me han hecho sentir integrado y arropado en todo momento y en el que he

podido tener mi parcela de intimidad cada vez que ha sido necesario.

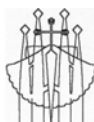
Una mención especial a los habitantes de todos los pueblos por los que hemos pasado y que nos han servido de descanso intermedio o como final de etapa. En todos ellos nos han hecho sentir como en casa. Nos han recibido con los brazos abiertos, nos han dado la bienvenida más sincera, nos han alegrado con su música y sus danzas. Han compartido con nosotros su gastronomía, incluso invitándonos a comer y a beber, siempre con una sonrisa y unos gestos de amistad difíciles de olvidar.

En cuanto al Camino, lo que yo pensaba que iba a ser un recorrido folclórico-rociero-peregrino-arriero y olé, acabó como empezó, siendo un Camino Arriero y Peregrino con mayúsculas, con una organización para quitarse el sombrero a pesar de la dificultad de la empresa y con una explosión de alegría al final de cada etapa, a pesar del cansancio acumulado durante todo el día debido sobre todo al calor asfixiante provocado por temperaturas que han oscilado entre los 35 y los 40º.

Las comodidades para dormir durante todo el Camino han brillado por su ausencia, aunque creo que nadie las echaba de menos. Era tal el cansancio, que lo único que quería por la noche era tumbarme en mi esterilla, en cualquier rincón y descansar hasta la mañana siguiente que llegaba pronto. Jamás pensé que fuera tan reconfortante dormir en el suelo del claustro de un convento, en un centro de acogida de un monasterio, en un polideportivo o en los pasillos del más sencillo colegio.

Y todo ello en nueve duras jornadas que solían empezar a las 5 de la madrugada para prolongarse hasta más allá de la medianoche, en las que igual me veía tirando de un burro en medio de la campaña italiana, que cantando canciones tradicionales. Jornadas en las que igual podía aprender sobre cocina que sobre guarnicionería, y en las que pude compartir las vivencias de peregrinos arrieros de todas las edades y circunstancias personales.

Creo que jamás podré olvidar "el paseillo" a lo largo de la Vía Della Conciliazione bajo los acordes del pasodoble "Y Viva España" y la triunfal entrada en la Ciudad del Vaticano, con la avenida cortada para que pudieran desfilan los carros y los borricos entre centenares de turistas sorprendidos.





Uno de los “momentos Camino” que tampoco podré olvidar es cómo conseguí el sello de San Pedro del Vaticano.

Desde el primer día, fui sellando mi credencial en todas las Parroquias, Catedrales, Basílicas e Iglesias en las que pude entrar. En ocasiones, para celebrar una misa, en otras, para escuchar un concierto de órgano; y en muchas, sólo para conocer y admirar lugares cargados de historia franciscana. Así conservo el sello de la Basílica de San Francisco de Asís, imponente edificio Patrimonio de la Humanidad cuya blancura contrastaba con un majestuoso cielo azul; de Santa María de Porciuncula, que conserva la pequeña ermita que Francisco reconstruyó con sus manos y donde falleció; del Santuario de Greccio pegado a una roca y colgado en un abismo con su entrañable capilla de la Navidad; de la Catedral de Rieti con sus historias de güelfos y gibelinos...

Es precisamente en la Basílica de San Pedro del Vaticano donde te puedes llegar a sentir insignificante dentro de la inmensidad del edificio sagrado más grandioso que existe y ante la majestuosidad del lugar.

Allí parecía imposible poder conseguir el sello del final de mi Camino; y cuanto más

difícil parecía, más me encapriché con su obtención.

Conseguí que uno de los celadores que por allí se encontraba me indicara donde estaba la sacristía. Mientras me dirigía hacia la zona indicada, noté una fuerte mano en mi hombro. Se lo había pensado mejor, y me acompañaría personalmente a la sacristía. Otro cuidador encargado de la nueva zona me cerró el paso diciendo que por allí no se podía pasar, a lo que mi celador-compañante le plantó cara diciendo que sí, que yo sí que podía pasar porque era un “Peregrino” que iba a sellar su credencial. Así pues, gracias a un celador en funciones de “ángel de la guarda” pude conseguir el sello más preciado de mi Credencial: la de San Pedro del Vaticano.

Por último, sólo me queda añadir que a nivel personal ha sido mi Camino más duro, pero sin duda alguna y por varias razones, también mi mejor Camino.

Mucho me temo que me haya convertido en un adicto a los campamentos arrieros y que dentro de poco me veáis tirando de un borrico por Canterbury, hacia San Martín de Tours, o entrando en el mismísimo Obradoiro Compostelano.

José Manuel “Lakarri”

